

EDUARDO ENRIQUE RIOS

Oriundo de Oaxaca, en donde nació el 27 de abril de 1909. Falleció en México el 10 de octubre de 1997.

Fue un periodista riguroso, escritor de tersa prosa y de capacidad de investigación poco común, dejó meritorios trabajos que lamentamos no haya proseguido. Entre sus obras se cuentan: *El Insurgente D. Pedro Islas Bean*; *Aventuras de un soldado de Mina*; *Morelos y Anexas*; *Iturbide y Guerrero*; *Los ministros de la Real Audiencia*; *El fusilamiento de Minerva en Monterrey*; *El tesoro de Hidalgo*; *Juárez fue Santanista*; *Las naos de Filipinas*; *El Maestro de Maestros*, *Blas de Bustamante*; *La rebelión de Canek-Yucatán*; *Fray Margil de Jesús, Apóstol de América*; *El historiador David Robinson, su aventura en Nueva España*; *Vidas Mexicanas. Felipe de Jesús, el Santo Criollo*; *Fray Juan de San Miguel, fundador de pueblos*. Editó las *Notas sobre México* de Joel Robert Poinsett (1950).

Fuente: *Fray Margil de Jesús, Apóstol de América*. Prólogo de Rafael Heliodoro Valle; mapas de Justino Fernández. México, José Porrúa e Hijos, 1941, 224 p.

FRAY MARGIL DE JESUS

Fray Antonio Margil de Jesús, el de los pies alados, el cantor del Alabado, el que de la raya de Panamá a la frontera oriental de Texas anduvo como un verdadero apóstol de Cristo, sin alforja ni calzados; el fundador de los Colegios de Propaganda Fide de Querétaro, de Guatemala y de Guadalupe de Zacatecas, nació en la capital levantina de España, en Valencia, el 18 de agosto de 1657, cuando el sol entra en el signo de Virgo, en día sábado, cuando la Iglesia Católica le da especiales cultos a la Madre de Dios, que fue para él imán y fuente de alegrías.

Entra en el mundo en un ambiente pobre: es de un mediano vivir. Su niñez pasa sin duelos. Desde pequeño tiene, como Santa Teresa de Jesús, "un no sé qué tan de sustancia" que lo hace agradable. Como buen español es de palabra fácil, juguetona. La sal de su carácter rinde voluntades y gana corazones. Ya mozo se vuelve un gran conversador y sazona las charlas con refranes y decires viejos. Pero además de esta gracia natural, posee la otra gracia: la que es don divino y mantiene alto el espíritu. La caridad florece en él muy temprano, y su

humildad madruga. Desde los siete años muestra aquella sencillez encantadora que habría de llevarlo a planos altísimos de perfección, a llamarse, sintiendo la profunda verdad que en ello iba: "La Misma Nada".

Descontando sus principios de vida espiritual, en todo lo demás fue como cualquier chicuelo valenciano: asistiría a ferias, a procesiones del Corpus; jugaría en las calles con los rapaces de su barrio, iría a pasear por la playa, y desde alguna altura —acaso desde el célebre Miguelete, mirador secular— soñaría lejanías contemplando la vega, el Turia, los largos caminales de moreras y el mar.

Quiso ser franciscano: su espíritu y su temperamento se avenían con las prácticas y costumbres de los hijos del Pobrecillo de Asís. El 22 de abril de 1673, al atardecer, recibió el hábito y la cuerda en el convento de la Corona de Cristo de Valencia. Hizo su profesión después de un año y tres días, el 25 de abril, en la festividad del evangelista San Marcos, cuando se lee el Evangelio de San Lucas, que dice: "la mies es mucha y los obreros pocos. . . Id: mirad que os envío como a corderos en medio de lobos. No llevéis saco, ni alforja, ni calzados. . ." y obedeciendo la ley del Señor, en la primera oportunidad que tuvo, dejó a España y se vino al Nuevo Mundo.

Fue el 4 de marzo de 1683 cuando se embarcó en Cádiz en uno de los navíos de la Flota de Indias, con fray Antonio Linaz de Jesús María, Prefecto de las Misiones de Propaganda Fide en América, y veintiún religiosos franciscanos, voluntarios todos ellos. Su destino inmediato era la ciudad de Querétaro; su casa, el convento de la Santa Cruz.

A Linaz y a fray Margil les tocó venir juntos, alternando sabrosas pláticas, en la nave almiranta. Después de más de tres meses de navegación divisaban el puerto de la Nueva Veracruz y, como esfumados en la neblina del horizonte, a unos navíos que costeano se alejaban por el rumbo del sur: eran de la escuadrilla del pirata Lorenzo de Gaff, quien había ordenado que le dejaran libre el paso a la Flota de Indias.

Veracruz estaba en llanto cuando el 6 de junio de 1683 desembarcó Margil. Lorencillo, Van Horn y Gramont —tres demonios del mar— habían saqueado la ciudad. Templos y calles eran muladares; no había casa sin daño, hogar sin duelo ni rico sin pobreza. El aire estaba envenenado con la hediondez de los muertos. Juntos, padres y legos, desfilaron por la ciudad en ruinas, tropezando en su camino con cuerpos inse-

pultos, y al contemplar tanta miseria, fray Margil lloró: así lo recibía la Nueva España.

De Veracruz vino a México con un compañero, a pie y descalzo. Mediaba junio. Era tiempo de lluvias y había fango en las veredas.

Por las incomodidades que el viajero sufría en los caminos de América, en aquellos tiempos solía decirse: "¡A pie, y en Indias!" Mas para Margil no había camino malo, ni pena que por Dios no suportase.

Viniendo para Puebla, él y su compañero se ampararon con unos arrieros y al paso de la recua tomaron hacia el rumbo de Cotaxtla, pueblo por cuya calle real entraron crucifijo en alto y cantando la Letanía de la Virgen. Las gentes salían a verlos y les llamaba la atención su traza tan de pobres, pues como les había llovido en el camino llevaban los pies y los hábitos cubiertos de lodo. Hacía más de un siglo que no se veían por aquellos rumbos misioneros descalzos, que entraran en los pueblos cantando y con el crucifijo en alto. Recordaban a fray Pedro de Gante y a fray Juan de San Miguel, apóstoles franciscanos que cantando ensancharon los dominios de Dios.

De Cotaxtla, pasando por Santiago Huatuxco, San Lorenzo de los Negros y tal vez Córdoba, San Agustín del Palmar, y Amozoc, durmiendo en corrales y mesones y alimentándose con la limosna de los arrieros, llegaron a la Puebla de los Angeles y se hospedaron en el convento de San Francisco, en la casa donde había vivido aquel otro andariego prodigioso cuya memoria aún vive en los caminos: el carretero Sebastián de Aparicio.

Siguiendo el camino real, lleno todo él de recuerdos franciscanos, llegaron a la ciudad de México a fines de junio, como por fines de junio también habían llegado allí, hacía poco más de siglo y medio, los doce franciscanos con fray Martín de Valencia a la cabeza. Sólo que entonces Cortés había mandado que les barriesen los caminos y que les hiciesen mucho acato, haciéndoselo él cuando les besó los hábitos en presencia de los indios. Ahora fray Linaz y sus voluntarios entraban en México sin ruido, sin cortejo, hurtándose de la curiosidad aunque también venían descalzos, a pie y "muy amarillos" por hambres y jornadas y, como los doce primeros, a civilizar, a repartirse, en comunismo admirable, los dolores ajenos.

Como el padre Linaz tuvo que quedarse en México, envió a todos a Querétaro. Hallándose en San Juan del Río, Margil

recibió órdenes de adelantarse con dos de sus compañeros para presentarle al defensorio del convento de San Francisco de aquella ciudad las órdenes de entrega de edificio de la Santa Cruz, el cual recibió el 14 de agosto.

Pronto sabría Margil los prodigios de la Cruz de Piedra, la que según la leyenda tuvo este origen: Dícese que yendo hacia Querétaro el conquistador otomí don Fernando de Tapia, en el lugar llamado "Cerrito Colorado" le salió al camino un guerrero chichimeca disparando saetas; que don Fernando hizo fuego de armas y mandó tocar los clarines; y que ese mismo día 24 de junio de 1531, chichimecas y cristianos concertaron para el siguiente una pelea a brazo limpio en la loma de Sangremal. Al salir el sol el día 25 comenzó la lucha. En lo más reñido de ella, cuando el polvo nublaba el campo, apareció en el cielo una gran cruz refulgente y junto a ella la gallarda figura del Señor Santiago, patrón de España. Con tales apariciones terminó la contienda y los indios solicitaron el bautismo y que se les pusiera una cruz sobre la loma. Plantóla un misionero; pero los indios no la quisieron porque no era como la aparecida. Entonces se fabricó una de piedra rojiza, que imitaba el color de aquella vista en el cielo, y se le puso techo de ramas y celebráronse misas: y porque siendo de cantera despedía un suave olor "a lirios y a rosas de castilla", empezó a ser llamada "Cruz de los Milagros". Aquella ermita se hizo famosa en toda la "tierra adentro". En 1600 se pretendió construir junto a ella un convento, y hubo pleitos con las autoridades, quienes exigían cédula real de fundación. El asunto fue a España y Felipe IV autorizó la existencia de la ermita y del convento, que se llamó de San Buenaventura de la Cruz de los Milagros. Con tal nombre fue conocido hasta agosto de 1683, que fue cuando Margil y sus compañeros lo recibieron para fundar en él el primer colegio de Propaganda Fide en América.

Querétaro era lugar alegre: corríanse toros, había representaciones de comedias, de batallas de "moros y cristianos", diversidad de danzas españolas e indígenas y animadas meriendas y bailes en los huertos de la Cañada. Muy de verse eran las fiestas de mayo en honor de la Santa Cruz. Los viajeros que iban o venían de tierra adentro hablaban de ellas con mucho encomio. Pero llegó Margil y empezó la guerra contra los vicios y la holgazanería.

Con un compañero andaba por calles y plazas diciendo pa-

labras llenas de espíritu. En más de una noche le oyeron cantar preciosas coplas a la luz de las farolas, en los callejones de los barrios pobres, en las puertas de las vinaterías. La gente lo seguía para verlo y oírle decir cosas del cielo y empezó a correr la voz de que era hombre muy santo. Poco a poco disminuyeron las fiestas, los alardes de moros, las comedias, los juegos de azar; y se cuenta que un caminante, al salir de la ciudad, le dijo a otro que a ella llegaba: "Ya Querétaro no es Querétaro... ya no hay aquellos fandangos que había." La renovación de la ciudad, la muerte de los fandangos, era obra de Margil.

En octubre de 1683 vino a México a predicar en San Francisco; volvió a Querétaro y en marzo del año siguiente, acompañado de fray José Díez se fue a Veracruz. Allí se le unieron fray Melchor López de Jesús, fray Francisco Casañas y el Comisario General Francisco de Luzuriaga, y juntos todos se embarcaron para Campeche, a donde llegaron el sábado santo primero de abril. Va a principiar ya la parte admirable de la obra misional de Margil y la de su compañero y maestro fray Melchor, el del hábito andrajoso y el semblante marchito, el otro santo cuya memoria perfuma todavía las tierras de Guatemala.

El 13 de abril, después de haber ido a pie a Mérida, se embarcaron en Campeche para Tabasco, Margil y fray Melchor. El Comisario Luzuriaga los acompañó hasta el desembarcadero del río de Grijalva, les dio su bendición y se fue en una mula a Guatemala. Margil y su compañero harían el viaje a pie por Tabasco y por Chiapas, viviendo de limosna.

Aquella era la primera vez que ambos se veían completamente solos, lejos de los suyos; y este apartamiento, la cercanía de lo insospechado y su afán de aventuras apostólicas, los unió de manera que en lo porvenir ya fueron uno en las palabras, uno en los pensamientos y uno en las obras. ¡Cómo se alegrarían viéndose en aquella empresa franciscana, solos en tierra desconocida, sin guía ni pan seguro! ¡Lo que les importaría enfangarse, herirse los pies en los abrojos y rasgarse los hábitos! Tendrían presente aquello de Santa Clara de Asís: "Sentemos con dolor las plantas que han de pisar con gozo las estrellas."

Con un crucifijo que les obsequiaron en el puerto de Tabasco y con algunos informes de rumbos y veredas, se fueron

caminando por las márgenes del Grijalva, viendo, tal vez, lo que muchos años antes había admirado allí otro misionero cristiano: "Lagartos poderosísimos", árboles muy verdes con "infinitas aves blancas", que vistos a distancia parecían "rosales llenos de rosas". Mas toda aquella fantástica belleza no podían gozarla sin mortificación, porque el fango hediondo, los mosquitos, la falta de víveres; todo ello iba exprimiéndoles la energía y marchitando sus cuerpos. Dormían de cara al cielo, en el campo, envueltos en el bochorno de la selva. Sin embargo, sólo descansaban media noche: turnábanse para velar el crucifijo, y mientras uno dormía el otro rezaba de rodillas y en cruz.

Al mes de andar por aquel infierno verde, daba pena mirarlos tan sucios y flacos, con las barbas crecidas y los hábitos encogidos y pegados al cuerpo. Pero así, sacando fuerzas de flaqueza, subían a las cimas, y en lo más vistoso de ellas paraban cruces de madera y en seguida cantaban:

Yo te adoro, Santa Cruz
 puesta en el Monte Calvario:
 ... en ti murió mi Jesús
 para darme eterna luz
 y librarme del contrario.

Cantar en los caminos era vieja costumbre entre frailes misioneros: cantaban para no sentir hambre, para aligerarse la fatiga. Para ellos el canto era lo que para el soldado el toque del clarín y el golpe del tambor. Un fraile del siglo xvi que cantó en Tabasco para olvidar los ayunos, escribió: "Ibamos... cantando salmos sin poder alentar; pero el Padre vicario nos animaba mucho a cantar porque la devoción nos quitase el hambre"... Pero Margil cantaba siempre, en ayunas o no, en camino o en poblado; lo mismo hacía fray Melchor.

Tan extenuados estaban, que cuando llegaron a Tuxtla no pudieron dar un paso más, y fue tal su gravedad que les hicieron ataúdes para enterrarlos luego. En unas hamacas los llevaron a Chiapa de Indios, y habiendo recobrado la salud se fueron a Ciudad Real, y con los aires frescos de la altura quedaron como nuevos. Pasaron luego a la provincia de Soconusco, cuyos indios los quisieron tanto, que los seguían de pueblo en pueblo, con ramas frescas en las manos y cantando a coro el Alabado.

A la ciudad de Guatemala llegaron a la una de la madrugada del 21 de septiembre de 1685: un año y cinco meses habían tardado en caminar desde el puerto de Tabasco en el río de Grijalva.

Al año siguiente salieron para el Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica, como siempre, a pie, y sin más bagaje que el ornamento para officiar, un breviario y el báculo. Harían el camino por Cuajiniquilapa, Moyuta, Ahuachapán —la de los lagos de cieno— y San Salvador, visitando, tal vez, Santa Ana, Atiquizayá y Chalchuapan. Dejando atrás la ciudad de San Salvador y las playas de Ilopango, pasando el río Lempa y sus feraces vegas, llegarían a las faldas del volcán de San Miguel y al pueblo de ese nombre, situado a pocas leguas de la provincia de Nicaragua. De allí, costeano el Golfo de Fonseca y atravesando las calientes regiones hondureñas de Nacaome y la Choluteca —donde los tirotearon unos piratas—, pasado que hubieron el río Negro, entraron en Chinandega, cuyas principales poblaciones visitarían. Misionaron en León y en Granada de Nicaragua y en la actual ciudad Rivas, y de allí entraron en la provincia de Costa Rica por la región de Guanacaste, e irían a la población de ese nombre, llamada hoy Liberia, situada en la falda meridional de los volcanes de Orosi, hacia la parte media de la fértil depresión que separa de la tierra continental la península de Nicoya, cuya capital visitaron, y en ella y en sus contornos hicieron milagros tales como quitarles a los indios la costumbre de embriagarse con “chicha”. Llamo milagro a lo de la “chicha”, porque era vicio muy antiguo y arraigado. Ya el conquistador Fernández de Oviedo, refiriendo lo que había visto en Nicoya, decía: “e comenzaron a les traer de beber... una chicha o vino... muy fuerte e algo aceda, que en la color parece caldo de gallina cuando en él deshacen una o dos yemas de huevo”.

Yendo o volviendo de Nicoya predicaron en Bagaces y anduvieron misionando entre los guatusos que habitaban los bosques que hay entre Bagaces y Esparza, llamada hoy Esparta, población que, con Cartago, hacía el par de ciudades que entonces había en toda Costa Rica.

Cuando llegaron a Cartago, salieron a recibirlos todos los vecinos. Ya en el convento de San Francisco, el sacristán les lavó los pies, que llevarían casi en carne viva por haber andado descalzos más de cuatrocientas leguas.

No bien se hubieron sacudido el polvo del camino, empe-

zaron a planear un viaje a la tierra brava de los talamancas. Cartago sería solamente un alto en su ruta sin fin.

Después de vivir como salvajes durante más de dos años, comiendo raíces, plátanos y lo que Dios quería darles mejor o peor que esto, después de haber fundado quince pueblos y bautizado a millares de indios, en 1692 volvieron a la ciudad de Guatemala.

De allí se fueron a la Provincia de la Verapaz a pacificar a unos soldados, y por los pueblos que años antes habían recorrido Bartolomé de las Casas y Luis Cáncer, anduvieron ellos enseñando a amar a Dios y a cantar el Alabado. A mediados de 1692 determinaron hacer un viaje a las tierras habitadas por los indios choles, cuya conquista, como la de los lacandones, era de las más arduas. No obstante, lograron fundar ocho pueblos y ocho templos y abrir una ruta que luego serviría para posteriores expediciones. Después de trabajar entre los choles pasaron a las montañas de los bravos lacandones, en donde tuvieron extraordinarias aventuras, tragaron muchas muertes e hicieron varios milagros. Cuando a mediados de 1694 regresaron a Guatemala, estaban inconocibles: ya no parecían españoles, sino indios vestidos con sayal franciscano. El 10 de julio de aquel año fundó Margil con fray Melchor un Hospicio de Misioneros de Propaganda Fide en la capilla del Calvario de la ciudad de Guatemala. Poco después se fue con otro fraile a la Verapaz para aprender la lengua choltí, y en enero de 1695 volvió a la sierra de los lacandones con las tropas expedicionarias del Presidente de Guatemala, Antonio Barrios Leal, quien lo dejó en lo más intrincado del monte, en el pueblo de Los Dolores —que él y fray Melchor habían descubierto años antes—. Allí permaneció hasta 1697, año en que fue llamado a Querétaro para que ocupara el puesto de guardián del Colegio de la Cruz. Vinose desde allá, otra vez a pie, y cuando el lunes 22 de abril se acercó a Querétaro, halló a la comunidad esperándolo al cabo del camino real. Viéronle llegar con el hábito parchado, tostado por el sol, con el sombrero colgado a la espalda, y pendiente de la cuerda una calavera. Como a las cuatro de la tarde —tarde luminosa de abril— entró en el templo de la Santa Cruz. Al anochechar, ya en su celda, sentado en cómodo sillón, se dejó lavar los pies y cercenar los grandes callos que se le habían criado por caminar descalzo durante trece años, y, en aquella

tibia noche abrilena, dormiría dulcemente a la sombra de la Cruz de los Milagros.

En el tiempo que había vivido lejos de su Colegio, éste había ensanchado su campo de acción apostólica, lo mismo en Yucatán que en la Nueva Galicia, en Chiapas que en Coahuila, en Michoacán que en el Nuevo México. Desde esta provincia hasta la de Costa Rica, los padres fundadores habían propagado la fe, fundado pueblos y abierto caminos en lo virgen o en lo andado. Una vez más habían surgido apóstoles de la altura de Gante, de la actividad de Martín de Valencia, del empuje de Marcos de Niza. Otra vez, como en los días de hierro de la conquista, se habían desparramado por ciudades y pueblos, por los valles de la Mesa Central, por los desiertos del Norte, por las calientes montañas de la Huasteca, de Guatemala y de Honduras. Rebullida —el que muere atravesado por una lanza—, Casañas —el que entrega el alma apaleado y apedreado—, Juan Bautista Lázaro —el que cose de día y de noche para vestir a sus huastecos—, Francisco de San José —el que andando, andando, llega al Perú—, Escalay —el que sintiéndose indio le agrega a la letanía: "*A militibus, libera nos Domine*"—, López de Jesús, e santo viejo llegado, Diez, Hidalgo, Estévez, Salazar y otros compañeros de Margil cuyas proezas y maravillas quisiera contar, inician gloriosamente en la América septentrional el resurgimiento de las misiones, de la obra apostólica de la Iglesia. Juntamente con ellos, y un poco más tarde, aparecen, para quedar bien fijos en la historia americana, los jesuitas Salvatierra, Kino, Consag, y dándose la mano con ellos, los franciscanos Díaz, Garcés, Serra. . . Los que hablan de la flojera y ociosidad de los misioneros en el siglo XVIII, no saben lo que dicen.

Llega, pues, Margil a su Colegio cuando las misiones están en plena actividad. Y como no puede por su cargo ir en persona a los lugares donde es menester predicar la palabra de Dios, manda grupos de religiosos, conformándose él con visitar las haciendas y pueblos del valle queretano.

Sin embargo, después de un año de guardianía, se va a Valladolid de Michoacán, y visita muchos pueblos y aldeas, y luego viene a México. Cuando vuelve a Querétaro, por febrero de 1699, le llega la noticia de la muerte de fray Melchor, ocurrida en una estancia de Honduras, junto a la sierra de los xicaques. Había expirado serena y dulcemente. En los momentos de la agonía, sus ojos, "hermosos como estrellas", bus-

caban el cielo; y es casi seguro que cuando se le fue la vida ya él estaba gozando la sonrisa de Dios. Cuando Margil leyó aquella noticia dolorosa, llamó a un corista y lo envió a la torre a soltar un doble muy solemne, e inconscientemente, como hablando para sí, dijo delante de la comunidad: "Si estuviera en mi mano no mandara doblar sino soltar un repique muy alegre, porque ya ese ángel está con Dios." Con aquel pensamiento, el dolor de la ausencia se le convirtió en gozo y el amor y el recuerdo en alegría.

En abril de 1700 terminaron sus tres años de guardianía. Un año después fue llamado de Guatemala para calmar odios y malas voluntades creadas por la política. Y no se hizo esperar, tomó su báculo, su breviario, su calavera y su ornamento, y sin pan para el camino se marchó por la ruta conocida. Mas no solamente iba a calmar odios; en los pliegues de su hábito llevaba la cédula de autorización para fundar allá el segundo Colegio de Propaganda Fide.

En Querétaro hubo duelo el día de su partida. El ilustre felipense Antonio Pérez de Espinoza escribíale a su hermano Isidro, futuro biógrafo de Margil: "Fuese nuestro padre en Cristo a Guatemala. . . En sólo diez días llegó de aquí a Oaxaca, como si fuera correo: mas lo es de Dios si lo lleva el ímpetu y soplo del Espíritu Santo de ciudad en ciudad y de reino en reino. Si volverá. . . no lo sé. . . Más he sentido. . . su ida, que si mi padre, todo mi linaje, todos los sujetos del Colegio, más que si todos los operarios de las religiones se hubieran ido o muerto."

A fines de mayo de 1701, con paso milagroso llegó a Guatemala, y el 13 de junio inauguró el Colegio de Cristo tan célebre en los anales centroamericanos. Después de la Navidad de 1702 se fue nuevamente a Nicaragua acompañado por fray Rodrigo de Betancourt. Ya en febrero de ese mismo año estaba en León, y en marzo y en abril en Managua y en Granada. Fue luego a Telica y a Sébaco, cuyo corregidor, que le dio la bienvenida, dice que lo vio llegar "como un apóstol, faldas en cinta, enlodado hasta la rodilla, su calavera en el cordón, su Santo Cristo abrazado y cantando el Alabado con cuatro indios y dos mulatos": ¡Maravilloso cuadro de la vida del siervo de Dios!

Hallábase Margil en el país de los brujos: así llamaban los misioneros a la provincia de la Tologalpa nicaragüense. En ella había indios no conquistados que vivían errantes, sin ley ni

rey, haciendo sacrificios humanos, mitotes y brujerías, comiéndose a sus prójimos los prisioneros de guerra, bien sazoados “en chile o pimienta”. Los que estaban cerca de las poblaciones españolas fingían ser cristianos; pero seguían adorando a sus deidades y teniendo fe en sus agoreros. Por ello Margil fue a Sébaco y anduvo predicando por Muy Muy, Matagalpa, Jinotega, Solingalpa y Molaguina, y en todos estos lugares hizo incendio de ídolos, de piedras de hechicería, de huesos encantados y de otras baratijas infernales. A fines de julio de 1703 volvió a Guatemala, y en marzo del siguiente año se fue a otra cacería de brujos a Suchiltepequez; y estando en ella se le ocurrió irse al Perú a fundar otro colegio; pero entonces le fueron a la mano con advertencias y ruegos, y desistió de hacer aquel viaje y regresó a Guatemala. Mas si no pudo ir al Perú sí volvió a Cartago de Costa Rica. Allí se encontraba en abril de 1706 preparándose para entrar una vez más en la Talamanca, lo que no pudo hacer, porque cuando iba hacia la montaña en busca de los indios, el 25 de julio, hallándose en las márgenes del río Pacuare, recibió la orden de volver inmediatamente a la Nueva España para fundar un colegio en la ciudad de Zacatecas.

En un santiamén llegó a Guatemala, y en los claros días de septiembre, durante las últimas lluvias, salió para México. Acababa entonces de cumplir cuarenta y nueve años. Ya su cuerpo, aunque ágil, estaba marchito por tantas fatigas. El sol había bronceado su piel; el mal comer lo tenía seco y estaban sus pies deformes por las callosidades y las grietas. Ya estaba calvo y no caminaba tan erguido. La santa obediencia lo iba a llevar muy lejos de los talamancas —sus hijos predilectos—, impidiéndole llegar a la región guaymí y a tierras de Colombia y del Perú. Ya nunca volvería a Centroamérica, donde cruces y canciones marcaban su derrotero. De Chiapas a Panamá dos generaciones de indios cantaban el Alabado y, señalando sus calvarios —atalayas del campo—, decían: “¡Por allá pasó fray Margil de Jesús!”

El 12 de enero de 1707 llegó a la ciudad de Zacatecas, toda ella como en un incendio: rojo el caserío, roja la sierra y el crestón de la Bufa, señor del paisaje. Esperábanlo ya en el Hospicio de Nuestra Señora de Guadalupe —una casuca de tierra colorada metida en los pliegues de la falda serrana— distante de la ciudad como una legua. Allá iba a darle vida al

tercer colegio de Propaganda Fide, del que habrían de salir los nuevos conquistadores que, a fuego de sol o envueltos en el frío de la pradera, harían durante el siglo XVIII la geografía del norte de Nueva España.

A fines de julio de 1707 fue a Guadalajara a predicar y entonces hizo amistad con las monjas del convento de Santa Teresa, y especialmente con sor Leonor de San José, a quien le escribió cartas bellísimas durante diez años. De Guadalajara pasó a Durango. Allí se enamoró de un crucifijo que aún debe de existir en el templo de San Agustín. En septiembre ya había vuelto a Zacatecas; pero no pudo estarse quieto: antes de un mes se fue a Querétaro, a San Luis Potosí y a Santa María de los Lagos. Cuando regresó a Zacatecas ya lo esperaba una solicitud de la Audiencia de Guadalajara para que se encargase de la conquista de los indios nayaritas, y corriendo el año 1711 se fue a ese gigantesco escenario de abismos y montañas que llamaban El Gran Nayar. Pero en esta ocasión no tuvo suerte y sufrió su primera derrota como conquistador de corazones.

En 1714 se fue hasta el Saltillo. Aunque frisaba en los sesenta y ya se fatigaba en los caminos, recorrió a pie las principales poblaciones de Nuevo León y fundó la misión de Guadalupe en las márgenes del río de Sabinas. En 1715 emprendió la jornada al río Grande del Norte, y entonces le obligaron a montar a caballo; nunca lo había hecho; pero ya no podía ir al paso de las bestias como lo hacía en Centroamérica.

Por fin, en 1716, después de haber fundado en el Real de Boca de Leones un Hospicio para los misioneros guadalupanos, la emprendió a Texas, meta de sus deseos. En el Río Grande le vino una enfermedad y fue menester sacramentarlo; pero apenas recobró fuerzas reemprendió la marcha hasta más allá del río de la Trinidad, donde sus compañeros habían fundado cuatro misiones. Diéronle para morada la de Nuestra Señora de Guadalupe de los Nacogdoches. En enero de 1717 visitó el fuerte francés de Natchitoches, Luisiana, a orillas del río Rojo. Asistió y tomó parte en la fundación de las misiones de San Miguel de los Adaes y de Nuestra Señora de los Dolores de los Ays, en donde permaneció mucho tiempo solo, por habérsele muerto en los brazos el único lego que lo acompañaba. Tantas hambres pasó que llamaba manjares ricos a las nueces y a la carne de cuervo. Pero así era feliz, en aquella soledad que sólo turbaban con sus gritos los pájaros del bos-

que. A una misión que por entonces levantó en la bahía del Espíritu Santo le puso el nombre de la Morena del Tepeyac. Pero cuando más a gusto estaba hubo de abandonar sus misiones debido a la guerra entre Francia y España, pues los de la Luisiana amenazaban la provincia. Fuese entonces a la recién fundada villa de Béjar, a orillas del río de San Antonio, en donde en 1720 plantó la misión de San José, que prosperó y llegó a ser la más hermosa de Texas.

En 1721 pudo volver a sus misiones de los indios texas; pero no las gozó porque lo llamaron de Zacatecas. No sin pena dejó aquella suave paz de los bosques en la que había pensado morir, y en junio de 1722 llegó a Zacatecas después de una ausencia de ocho años. Todavía vino a pie a México, a trabajar en pro de las misiones del Norte, y cuando volvió a su Colegio de Guadalupe empezó a prepararse para ir a ver a Dios. Ya empezaba a dar muestras de chochez: había cumplido sesenta y ocho años.

Pero ni entonces se entregó al descanso. Habiéndole llamado otra vez de Guadalajara y de Valladolid no quiso negarse, y el 16 de octubre de 1725 despidióse de la comunidad, bendijo a Zacatecas desde una loma, y llorando se fue por el camino real de la Nueva Galicia. De Guadalajara, bordeando en parte la laguna de Chapala, pasó a Valladolid, a donde llegó el primero de mayo de 1726. Una fiebre lo puso en cama; pero con ella predicó y siguió andando con deseos de llegar al convento de la Santa Cruz. Por el camino no hacía más que mirar y mirar el cielo, y cuando veía volar a los pájaros sonreía, como dando a entender sus anhelos de arrancarse de la tierra.

En Querétaro se puso grave y le mandaron que viniese a curarse a la enfermería del convento de San Francisco de México. El 21 de julio, acompañado por tres frailes, salió al camino. El 31 dijo su última misa en el pueblo de San Francisco Soyaniquilpan, donde le atacó pulmonía por pisar charcos de lluvia cuando ardía en calentura. Bien arropado lo pusieron a caballo y lo llevaron a Cuautitlán. Allí lo pasaron a un coche "volante". El 2 de agosto, al caer el sol, llegó a las puertas del gran convento de San Francisco. Lo bajaron en brazos, y arrastrando los pies, que ya no querían cargarlo, sostenido por varios frailes entró en el templo y cayó de rodillas diciendo alabanzas. Era aquel día uno de los más gloriosos para la orden franciscana: el del Jubileo de Porciúncula.

El día 5, sintiendo ya los fríos de la muerte, le dieron a besar una imagen de Nuestra Señora de los Remedios, y al devolverla dijo: "¡Hasta mañana!" y para cumplir con aquella cita, murió al día siguiente, 6 de agosto de 1726.

Sus últimas palabras fueron: "Ya es hora de ir a ver a Dios". Sí, ya era hora: hacía cuarenta y tres años que había entrado a servirle. Ya era hora: El lo esperaba en la puerta del cielo.